

abrir hospederías en el recinto de las iglesias, cantar en éstas con decencia sin esforzar la voz, no adornar con pedrerías y magníficos vestidos á las doncellas que toman el hábito religioso. Prohibió á los hermanos contraer matrimonio con sus hermanas, al padrino con la madre de su ahijado, al católico con una hereje y recíprocamente. Lanza excomunion contra aquellos que hacen pinturas obscenas ó hacen rizar artificialmente sus cabellos. Prohíbe entrar en los baños con mujeres, jugar á los dados, dar representaciones teatrales ó combates con fieras. Impone seis años de penitencia á los adivinos y á los que los consultan; á los conductores de osos y á los que dicen la buena-ventura. Prohíbe además las invocaciones á Baco fuera de la vendimia, disimular su carácter, encender fuegos delante de las casas en la luna nueva, dar tortas en Navidad bajo pretexto del parto de María, puesto que no tuvo necesidad de salir de parida, leer en la iglesia falsas leyendas de los mártires.

No se encontraban tampoco anonadados en Occidente los vestigios del paganismo. Continuaban celebrando fiestas ridículas, como la de los locos, en la que hombres y mujeres recorrían las calles vestidos de animales, y sobre todo de ciervos y vacas. Después de las comidas fúnebres, se representaba un espectáculo jocoso, con osos, bailarinas, figuras de demonios que daban aullidos y hacían extraños gestos, terminándolo todo embriagándose. Estaban en uso otras danzas sagradas en las iglesias, en las mayores solemnidades; continuaron por espacio de mucho tiempo entre los muzárabes de España, y no habían caído del todo en desuso, hace un siglo, en el Franco Condado.

Creíase aún en la inmediata intervención de las potestades infernales en las acciones de los hombres, en la posibilidad de hacer un pacto con ellas, sobre todo para conocer el porvenir. De continuo elevaban su voz contra estos errores los prelados y los sínodos. Ya hemos visto con qué rigor perseguía Carlo-Magno entre los sajones los ritos profanos y la creencia de los hechiceros. Recomendó el concilio de Tours repetir á los fieles que los mágicos no pueden en manera alguna remediar con encantos las enfermedades del cuerpo, ni curar los animales tullidos. El de Leptimas condenó

la violación de los sepulcros, las lupercales de Febrero. Prohibió se tuviesen por sagrado, ora los bosques, ora ciertas piedras; llevar amuletos y nudos; sacar augurios del vuelo de los pájaros, de las fuentes, de los caballos, de los bueyes, del fuego producido por pedazos de madera frotados uno contra otro (*nodfir*), y lo que debe parecer más digno de admiración, frecuentar los templos de Júpiter y de Mercurio.

Independientemente de los decretos de reforma, los concilios prestaron su atención al dogma. Cuando el de Nicea decidió que se debía á las imágenes de los santos un culto de honor, reservando la adoración á las de la Trinidad, el texto fué mal traducido en latín; resultó de ello que trescientos prelados, reunidos en Francfort, condenaron esta doctrina como herética. El papa Adriano les instruyó con caridad del verdadero pensamiento de los Padres de Nicea; pero no se admitió su decisión sino bajo Juan VIII, cuando el bibliotecario Anastasio mandó hacer una versión más exacta.

Habiendo sido proclamadas indivisibles en el Redentor las dos naturalezas divina y humana, nacia una duda sobre el punto de saber cómo, en la naturaleza humana, Jesucristo había nunca podido ser hijo de Dios, que es espíritu puro, y que no engendra sino espiritualmente. Félix, obispo de Urgel, y Elipando, arzobispo de Toledo, creyeron resolver la dificultad, sosteniendo que Cristo, como hombre, es hijo de Dios por adopción, no por naturaleza, distinción próxima del dogma de Nestorio, y que con el nombre de *adaptianismo* se extendió en España y en la Galia Meridional. (792). Condenóla el concilio de Ratisbona, y Félix se retractó; pero volvió en seguida á su error, y le sostuvo. Confió Carlo-Magno á Alecuino el cuidado de refutarla, y la decisión de Ratisbona se confirmó por los sínodos de Francfort y de Aquisgran.

Lo que es particularmente notable en los concilios de Francia, es la armonía del poder espiritual con el poder lego, de los cuales el primero invocaba las luces y el apoyo. Leemos en las actas del concilio de Arlés: «Hemos enumerado brevemente lo que nos ha parecido merecer una reforma, y hemos resuelto presentarla al emperador, invocando su clemencia, á

fin de que si algo falta á este trabajo, supla á ello su prudencia; si hay algo contra razón, corrija su juicio; si alguna medida está prudentemente tomada, hágala ejecutar su autoridad con la bondad divina.»

Y en el preámbulo del concilio de Maguncia (813): «Necesitamos especialmente de vuestro apoyo y de vuestra sana doctrina, á fin de que nos instruya con benevolencia; y si lo que hemos deliberado os parece digno, confirmelo vuestra autoridad; si os parece que hay algo que enmendar, ordene su corrección vuestra grandeza imperial.»

Esta armonía no podía ménos de producir felices resultados. Con efecto, vemos que se hizo más regular la liturgia; se divulgó el canto gregoriano, propagado por las escuelas de Metz y de Soissons; la magnificencia prohibida en los vestidos privados de los sacerdotes, fué empleada en las santas ceremonias, y las religiosas se dedicaron á bordar espléndidamente los ornamentos de las iglesias. Wilfrido hizo trazar el Evangelio en letras de oro sobre fondo de color de púrpura y se lo regaló á una iglesia dentro de un estuche de oro enriquecido con pedrerías.

También se redactaron entonces los libros relativos á todas las ceremonias del culto. Así como entre los griegos se componía el *topicon*, liturgia de todo el año, comprendiendo la misa y la salmodia; el *octoechos*, canto sagrado con las diversas entonaciones; el *paracleticon*, lecciones para recitar con la misa; el *menacon*, oficio de cada mes; el *euchologion*, bendiciones y oficios, tuvieron los latinos el *gradual*, salmos que canta el coro después de la lectura de la epístola; *liberationum*, oraciones para toda la liturgia; el *leccionario*, lecturas sacadas del Antiguo Testamento y de las cartas Apostólicas; el *antifonario*, cantos que alternaban entre el coro y los fieles hasta el siglo IX, ó que repetía sólo el coro alternativamente; el *evangelionario*, evangelios impuestos para las lecciones públicas; el *ritual* y el *pontificale romanum*, que indicaba los ritos y los actos del culto para cada fiesta. Agréguese á éstos las diferentes *penitenciales*, ó código de penas eclesiásticas, y las *homiliarias*, colecciones de sermones para uso de los sacerdotes y de los fieles.

También hubiera querido Carlo-Magno in-

troducir la unidad en la liturgia, y se leían en los libros carolinos: «Muchas naciones se han separado de la santa y venerable comunión de la Iglesia romana, pero no la nuestra, que instruida de aquella tradición apostólica por la gracia de aquel de quien se deriva todo don perfecto, recibió siempre las gracias de arriba. Estando, pues, desde los primeros tiempos fijada en esta unión y en esta religión santa, aunque con alguna diversidad para la celebración de los diversos oficios, conoció, en fin, la unidad en el orden de la salmodia, tanto por los cuidados y habilidad de nuestro ilustre Padre, de venerable memoria, como por la presencia en las Galias del santísimo Estéban, pontífice de Roma, de tal manera, que el orden de la salmodia no se diferenció ya en nada entre todos los que estaban reunidos á una misma fé: que estas dos iglesias, unidas en la lectura sagrada de una sola y única ley santa, se hallaron además juntas en la venerable tradición de una sola y única melodía, y que la celebración de los oficios no separó ya lo que había reunido la piadosa devoción de una fé única.»

#### CAPÍTULO VIII

Fin de Carlo-Magno.

Puede decirse que Carlo-Magno resplandeció en todo cuanto ejecutó su siglo; siglo á que quizá falta unidad y poder, pero del cual, hablando en verdad, es el alma y la cabeza. Desde Aquisgran ó desde los palacios inmediatos de Metz y de Thionville recibía el impulso toda la Europa. Deseábanle los bárbaros por aliado y temían tenerle por enemigo; venerábanle los príncipes europeos como jefe de la cristiandad, y era respetado por los musulmanes. Desde la cabaña del Sorabe como desde el palacio de Bizancio, desde las lagunas venecianas, como desde los fértiles valles de Basora, se dirigían homenajes al gran Carlos.

La fortuna le proporcionó ser el cuarto en el orden de los tiempos de una raza de hombres políticos y belicosos; pero la pasión hacia las grandes cosas le fué personal en un todo, así como aquel carácter que encierra capacidad para ejecutarlas. En un siglo de ignorancia comprendió cuán eficaz era la instrucción para proteger los vestigios de la civilización romana y los gérmenes de la civilización nueva. Sol-

dadó y conquistador amó la paz y el clero; bárbaro, veneró la sabiduría romana y recogió sus resuidos; sabio no desdenó las lenguas literatas del Norte; religioso, midió y contuvo los derechos de los eclesiásticos, supo respetarlos sin servilismo, y tenerlos á raya sin arrogancia.

Tudesco por origen, por lenguaje, por costumbres, por inclinaciones, en suma, por todo, excepto en la ambición de renovar el nombre romano, sólo se presentó dos veces en Roma, y eso á instancia de los papas, con la clámide y los borceguiles á la usanza latina: vistió siempre el traje de los francos: camisa y calzas de tela de lino, túnica ajustada por un cinturón de seda, cintas arrolladas al rededor de las piernas, y en los piés sandalias. En invierno un jubón de piel de nutria, y siempre el sayo al estilo veneto, con la espada de guarnición y pomo de oro ó de plata, enriquecida con pedrerías, los días de grandes solemnidades ó cuando daba audiencia á los embajadores. En estas ocasiones se ponía comunmente una túnica bordada de oro, sandalias adornadas con piedras preciosas, un sayo cerrado con un ajustador de oro, y una diadema también de oro y de pedrerías: en los tiempos ordinarios se diferenciaban poco sus trajes de los que usaban generalmente los francos. Queriendo cierto día abochornar á sus oficiales de su excesivo lujo, se aprovechó de un instante en que acababan de comprar todos, á mercaderes que se habían dirigido á Pavia, pieles finas, de que hacían alarde, y les convidó á que le acompañaran á caza. Sorprendidos por una tempestad terrible buscaron todos abrigo en un gran salón, donde se agrupaban en rededor de la chimenea calados de agua debajo de sus hermosas pellizas. Entonces enseñándoles Carlo-Magno con risa su piel de cordero, les dijo: *Dos sueldos me cuesta y me ha hecho mejor servicio que las vuestras que valen un tesoro.*

En esta extremada sencillez aparecía majestuoso y sobrehumano: dan fé de ello las tradiciones fabulosas. «Ogiero ú Oggero, grande del reino franco, cuenta el monje de San Galo, se había refugiado al lado del rey Didiero. Cuando supieron que el temible monarca dejaba á la Lombardia, se subieron á lo alto de una torre para ver de lejos y hácia todas partes. En breve descubrieron máquinas de

guerra en tan gran número como las que llevaban los ejércitos de Jerjes y de César. Didiero preguntó á Ogiero: *¿Está Carlos entre ese grande ejército?*—No respondió éste. Viendo luego una innumerable masa de soldados reclutados en todas las partes del vasto imperio franco dijo el rey longobardo á Ogiero: *De seguro se adelanta Carlos triunfante en medio de esa muchedumbre.*—No, respondió el otro, *y no aparecerá tan pronto.*—*¿Y entonces qué haremos,* repuso con inquietud Didiero, *si viene con mayor número de guerreros?*—*Vereis quién es cuando llegue,* replicó Ogiero, *pero ignoro lo que hará con nosotros.* Mientras discurrían de este modo distinguieron al cuerpo de guardias que jamás conoció el reposo. Ante este espectáculo, poseído de terror el longobardo, exclamó de esta suerte: *Ciertamente ahí viene Carlo-Magno.*—No, respondió Ogiero, *todavía no.* Luego se ven venir en la comitiva obispos, abades, clérigos de la capilla real y condes: entonces Didiero, no pudiendo ya soportar la luz del día ni arrostrar la muerte, clama sollozando: *Bajemos, escondámonos en las entrañas de la tierra, lejos del aspecto y de la cólera de tan terrible enemigo.* Ogiero, que conoce por experiencia el poder y la fuerza de Carlo-Magno le dice, con trémulo acento. *Cuando veáis á las mieses agitarse de horror en los sembrados, al Pó y al Tesino batir las murallas con sus ondas enegrecidas por el hierro, entonces podéis creer que llega Carlos.*

»No bien había acabado de pronunciar estas palabras cuando empezó á distinguir hácia el Oriente como una nube tenebrosa levantada por el viento Bóreas, que convirtió el más esplendente día en horribles sombras; pero á medida que se acercaba el emperador, el resplandor de sus armas envió á las gentes encerradas en la ciudad una lobreguez más oscura que la más profunda noche. Entonces apareció el mismo Carlos, hombre de hierro, cubierta la cabeza con un casco de hierro, con manoplas de hierro en las manos, el vientre guarnecido de hierro, una coraza de hierro sobre sus hombros de mármol, en la mano izquierda una gruesa lanza de hierro, que blandía en el aire, y apoyada la derecha en su formidable espada. El exterior de los muslos, que á partir de las correas, desguarnecen lo demás para montar más fácilmente á caballo, lo había él envuelto en

planchas de hierro. No se veía más que hierro sobre su escudo; su caballo tenía la fuerza y el color del hierro. Todos los que precedían al monarca, todos los que venían á su lado, todos los que le seguían, todo el grueso del ejército llevaban armas semejantes á las suyas. El hierro cubría los campos y los caminos; á la luz del sol resplandecían las puntas de hierro. Aquel hierro tan fuerte era llevado por un pueblo más fuerte todavía. Aquella masa de hierro sembró el espanto en las calles de la ciudad. *¡Qué de hierro! ¡ay de mí! ¡Qué de hierro!* fué el confuso grito de todos los ciudadanos. La solidez de las murallas y la robustez de los jóvenes se conmovieron de terror á la vista de tanto hierro, y el hierro confundió el juicio de los ancianos. Lo que yo, pobre escritor balbuciente y desdentado, he procurado pintar en una descripción larga, Ogiero lo vió y dijo á Didiero: *Hé ahí al que buscáis con tanta angustia, y hablando de este modo cayó como cae un cuerpo muerto.*»

Nárranse otros hechos con motivo de la majestad de Carlo-Magno; así los embajadores de Constantinopla pasaron para dirigirse á su audiencia por cuatro salones, y se inclinaron sucesivamente delante de los grandes, á quienes tomaban por el emperador; pero quedaron poseídos de asombro cuando descubrieron en el quinto á Carlo-Magno majestuosamente vestido, más majestuoso todavía por su aspecto, que por la riqueza de las pedrerías con que estaba tachonado su manto.

Habiendo visto desfilir los embajadores de Haroun-al-Raschid delante de ellos á todo el ejército de Carlo-Magno, enriquecido con los despojos de los hunos (los ávaros), y á los obispos y al clero en la majestad de su traje, exclamaron que hasta aquel día habían visto hombres de barro, y que veían oro por la vez primera.

Carlo-Magno, como jefe de la cristiandad, había pedido á este gran rey del Oriente (800) seguridad y libre tránsito para los peregrinos que se dirigieran á la Tierra Santa. Haroun le envió las llaves del Santo Sepulcro, diciéndole que lo considerara como si estuviera bajo su soberanía. Hizo que le llevaran al mismo tiempo un elefante, que fué para los francos motivo de grande asombro.

Estos embajadores encontraron en Porto Venero al emperador, que venía de Italia despues de su coronación; allí vieron á los de Ibraimben-Aglab, emir de Kairouan, que se había declarado independiente de la córte de Bagdad; éstos habían hecho á Carlo-Magno el homenaje de un león de la Marmárica, de un oso nómida y le habían llevado las reliquias de San Cipriano; en cambio el emperador les dió trigo. Sin duda es un espectáculo extraño ver á Italia enviar socorros contra el hambre de un país que había sido su granero durante siglos.

Condujo Carlo-Magno á los embajadores persas de Italia á Francia, enseñándoles el país y lo que había de curioso en él. Les dió el espectáculo de una cacería de búfalos, y uno de estos animales hubiera hecho correr gran peligro al emperador, sobre quien se había arrojado furiosamente, si un señor no le hubiese herido de muerte.

Recibió además otra embajada del califa Haroun (807), que le ofreció mantos de seda, telas preciosas, toda clase de perfumes, y lo que causó más sorpresa fué una gran tienda de tela de lino extremadamente fina, con todas sus divisiones y cuerdas de colores vivos, como también un reloj que indicaba las horas por medio de bolas de bronce que caían sobre un timbal. Abríanse alternativamente doce puertas en el cuadrante, y doce ginetes salían á cerrarlas cuando se había verificado la revolución de las horas. El enviado de Haroun le dijo: *Grande es tu poder, pero tu fama te hace aún mayor. Persas, medos, indios, elamitas, todos nosotros en Oriente te tememos tanto como á nuestro señor. ¿Qué te diré de los griegos? Te temen más que á las flotas del Mar Jonio.*

Ignoramos si la única simpatía de las grandes almas atraía á Haroun hácia Carlo-Magno, ó si algún motivo político le determinó á un homenaje extraño de parte de aquella desdenosa nación, enorgullecida con recientes victorias; tal vez querían inducirle á hacer la guerra á los árabes de España, odiados como herejes y temidos como amenazadores del Africa.

Esta grandeza de Carlo-Magno, que hería las imaginaciones, les llevó á exagerarla; añadieron á la verdad extraños adornos. Por ello, pronto de esta mezcla de héroe germánico, de emperador romano, y de bueno y dócil creyente

como le encontramos en la historia, se formó en las tradiciones esparcidas con respecto á él un tipo pintado sin cesar con nuevos colores, á medida que se desarrolló el genio de la edad media por la caballería y las cruzadas. Entonces se hizo descender á los francos de Hector, á Carlo-Magno de Constantino el Grande; se le representó vencedor de los sarracenos, peregrino y conquistador en Jerusalem, yendo en busca de reliquias, disputado sobre teología. En una palabra, reunieron en él todo lo que constituía un héroe dotado de todas las perfecciones físicas y morales, modelo de todas las virtudes de la época, abrazando los tres elementos de la civilización, como latino, germánico y cristiano. Todos los monasterios, como también las más célebres universidades, quisieron tenerle por fundador: se le atribuyeron las leyes que pertenecían á la antigua raza germánica, y las que después de él produjeron la nueva civilización.

Encontró la caballería en él á su fundador, sus primeros modelos en sus palatinos ó paladines, de los cuales cada uno de ellos se convirtió en el héroe de una época. Se supuso que el había emprendido la primera cruzada, rechazando á los moros de París y de la Francia. Según los *sagás alemanes*, dirige contra los húngaros una expedición, durante la cual, creyéndolo muerto sus barones, estimulan á su mujer Hildegarda á elegir otro esposo; promete hacerlo en el término de tres días, pero un ángel lleva la noticia á Carlo-Magno y le presenta un caballo milagroso, sobre el cual llega á Aquisgran en medio de las fiestas del matrimonio, y va á sentarse bajo el trono donde son inagurados los reyes. Por el contrario, en España es á los sarracenos á quienes hace la guerra; el mensajero es el demonio, que transformado en caballo, lleva á Carlo-Magno hasta el patio del palacio, donde hace de alegría la señal del cristiano; de tal manera se asusta el maglino, que le arroja al suelo, dejándole maltratado en su caída.

Oyó contar Petrarca en Aquisgran, que Carlo-Magno se había enamorado de una jóven, hasta el punto de olvidar, por hacerle la corte, su reino y á sí mismo. La que él amaba enfermó y murió; pero en vano esperaron sus paladines que recobrase su razón y actividad, porque ma-

nifestaba el mismo ardor aunque ya se hubiese putreficado. Sacó de ello en consecuencia el arzobispo Turpin, que debía existir en ello magia, y habiendo examinado á la muerta, le encontró en la boca un anillo; desde el momento que lo quitó cesó el encanto. Hizo Carlo-Magno enterrar aquellos fétidos restos; pero todo su afecto se concentró en Turpin, que se había puesto aquel anillo en el dedo, hasta el momento en que el prelado hubo arrojado aquel talisman en un lago profundo cerca de la ciudad. Aficionóse entonces vivamente á aquel lago, lo cual le valió á Aquisgran ser siempre la primera en sus pensamientos; quiso vivir y morir allí.

Refiérense aún en esta ciudad cien cosas maravillosas sobre el gran emperador, y se enseña en la catedral el enorme cuerno de caza hecho de un diente de elefante que le dió Aboul-Abbas. Se conservan en el valle de Roncesvalles las mazas de armas de Roldan y de Oliveros; son palos del grueso de un brazo regular con un fuerte anillo en una punta para atar á él una cadena ó una cuerda sólida, que enrollada al rededor del puño, impide se escape de la mano. En la otra extremidad están fijas tres cadenas que sostienen bolas de metal, de las cuales una es redonda, la otra ovalada y rayada; su peso de ocho libras. No hay armadura que pueda resistir á semejante instrumento manejado por una mano robusta.

Las leyendas piadosas á su vez celebran las virtudes de Carlo-Magno, su devoción, su caridad, su templanza, y refieren los milagros que hizo. La historia separa aquellos absurdos elementos; pero aún le queda bastante que admirar en este hombre reclamado, dice Sismondi, por la Iglesia como un santo, por los franceses como su más grande rey, por los alemanes como su compatriota, como su emperador por los italianos, y que se encuentra á la cabeza de todas las historias modernas.

No condujo Carlo-Magno á sus pueblos á la guerra contra toda la Europa por ambición, y no debe ser confundido con aquellos conquistadores, más dignos de odio que de admiración, que segaron millares de vidas, sin ningún sentimiento de la dignidad humana. Un gran pensamiento le hacía obrar, el de reunir todos los pueblos cristianos, lo que no se podía efectuar

sino por la fuerza, reprimiendo á los nuevos invasores, con el objeto de que la civilización pudiese volver á emprender su curso sin estar expuesta á las guerras con que se había agitado el anterior siglo. Esta unidad de las naciones cristianas era el objeto de su política; también dirigió las letras en este sentido, aunque conoció que el resultado no correspondía á su celo, y que la desanimación era universal.

Conociendo que se estaba cumpliendo una revolución en las ideas y costumbres de su tiempo, no trató de oponerse á ella con una política mezquina; adhiriéndose á lo pasado, quiso dirigirla y ponerse al frente. Los galos y francos caminaban á fundirse unos en otros en el país que gobernaba, y él emprendió á acelerarlo y consumir la obra de la fuerza del tiempo. La reforma de la legislación, en la idea de hacer desaparecer lo que tenía de confuso y remediar su insuficiencia, fué aún para él un medio de obtener la unidad. Su sistema militar fué el de la antigua Roma; servirse de una conquista para hacer otra. Su objeto, el de la moderna Roma, fundar una extensa jerarquía, y que todos sus hilos viniesen á parar á su cetro. De esta manera fué como justificó el diezmo y el bautismo de sangre. Sólo su administración permaneció germánica. Un paso más, y la grande obra de la unión política se hubiera cumplido. Ya las naciones germánicas habían perdido sus príncipes nacionales, y dependían inmediatamente del poder del rey de los francos; no quedaba más que establecer la uniformidad de las leyes y de las instituciones sociales, para fundirlos en un sólo pueblo, é intentó hacerlo. En efecto, proyectó promulgar una ley única; pero los tiempos le impidieron realizar su designio, y tuvo que dejar subsistir la diversidad de los códigos.

Había tomado por modelo de la unidad política, con el objeto de conseguirlo él mismo y hacerla apreciar por los demás, la unidad de la Iglesia, que caminaba á la cabeza de la civilización, y acostumbraba á los diferentes pueblos á una obediencia uniforme: Nuevo motivo, para los poderes civil y eclesiástico, de darse la mano y vivir en la armonía tan favorable á la suavidad de las costumbres populares, tan propicia á inspirar el respeto á la autoridad.

Llamó, pues, al clero á que tomase una parte

esencial en el gobierno y adhirió los súbditos al príncipe por un lazo diferente del de la conquista, que era el único hasta entonces que había pesado sobre los Estados de Europa. Quiso esparcir también entre los bárbaros esta religión que civilizaba y dulcificaba. Precicado á concluir esta tarea, empleó á veces la espada, ménos con el furor de un bárbaro, que con la cólera de un hombre poderoso, irritado de los obstáculos que le impiden marchar al bien. ¡Presérvenos el cielo de querer disculpar á Carlo-Magno de la matanza de los sajones! pero los hombres extraordinarios caminan con mayor velocidad que su siglo; siguen caminos no pisados, y resisten á esfuerzos en que otros sucumben; no se puede, pues, compararlos á la comun medida, y el mal que causan debe, por lo comun, achacarse más bien á las cosas que les rodean que á ellos. A mares derramó Carlo-Magno la sangre de los sajones, pero los instruyó, los modeló de tal manera, que pronto pudieron elevarse poderosos entre los germanos.

Sóbrio en su alimento, bebiendo y durmiendo poco, levantábase de noche á trabajar, y se hacía leer durante su comida, ya obras de historia, ya la Ciudad de Dios. No se rodeaba de los cortesanos, que por lo comun adulan al príncipe para oprimir impunemente al pueblo, sino de personas afectas al bien de las masas, y de los dispensadores de la soberana beneficencia. Fué constante y ardiente en sus amistades, benévolo para con los hombres instruidos, y no se le puede hacer cargo de actos de rigor en la paz. Observador de las prácticas religiosas, él mismo cantaba al facistol en el coro, dirigiendo á los cantores con la voz y con la mano. Hace Einhardo respecto de él la reflexión de que cuatro veces había ido en peregrinación al sepulcro de los santos apóstoles, mientras que Haroun-al-Raschid había hecho ocho veces el viaje á la Meca.

Costumbres y vicios de bárbaros se mezclaban en él á las virtudes de un grande hombre. Respetó poco la dignidad del matrimonio, y lo contrajo con la hija de Didiero, cuando ya tenía una mujer franca; después la repudió para casarse con Hildegarda, descendiente de una muy ilustre familia sueva. Tuvo de ella á Carlos (772), á Pepino (776), y á Luis (778), á Ro-

truda (773), á Berta (775), y á Gisela ó Gísla (781); además, otros tres hijos muertos en la infancia. Frastrada, de raza franca, le dió dos hijas, no tuvo más que una de Himiltrudes, su concubina. Después de la muerte de Frastrada, contrajo matrimonio con Luitgarda, de familia germana, que fué estéril; tuvo además cuatro concubinas: Matalgarda, Gersuinta, sajona, Regina y Adalinda. Esto no le estorbó buscar además otras mujeres; y una de ellas, Amalberga, que se rompió un brazo resistiendo sus violencias, fué honrada como una santa. El monje Vetino, arrebatado en éxtasis, vió á Carlos en el purgatorio, martirizado por un buitre á causa de su incontinencia. Ya en las censuras, ya en las alabanzas, siempre se observa el lenguaje de su siglo.

Penas domésticas perturbaban con amarguras la alegría de sus triunfos. Perdió á Rotruda, su hija mayor, luego á otros hijos, y los lloró hasta parecer débil á aquéllos que califican de flaqueza llorar á personas que parecían destinadas á verter lágrimas sobre nuestro sepulcro. Sus demás hijas no le consolaron tampoco con su conducta, pero suya fué la culpa en parte por no haber querido separarse de ellas y por haber fomentado sus desórdenes, quizá tanto con su mal ejemplo, como con su condescendencia irreflexiva.

Previendo que ninguno de sus hijos bastaría á sostener el peso del mundo, tanto más cuanto que ya les veía desacordes, pensó en la manera de asegurar la paz entre ellos. La política de su raza, de concierto con sus afectos paternales, le aconsejó dividir entre los tres príncipes á las tres naciones franca, longobarda y romana que le prestaban obediencia. Ya había señalado á Luis la Aquitania, á Pepino la Italia, á Carlos la Austrasia y la Neustria, aumentada con los países situados entre el Saona y el Ródano. Pepino el Jorabado, su hijo natural, al verse excluido de esta división, urdió una trama con muchos señores; pero le denunció un sacerdote longobardo, y fué condenado á muerte en una asamblea; su padre conmutó esta pena en la de reclusión en un claustro. Murió el rey de Italia el 7 de Junio del año 810, y en breve le siguió al sepulcro el 4 de Diciembre de 811, su hermano Carlos que se había señalado por muchas victorias contra los hom-

bres del Norte. Este último no tuvo hijos, pero el otro dejaba uno. No estando la representación en uso, Bernardo, hijo de Pepino, no podía aspirar á la corona de su padre; sin embargo, Carlo-Magno hizo que se le reconociera como rey de Italia, bajo la regencia de Wala, tanto empeño parecía tener en dividir este reino, que se había esforzado en conducir á la unidad durante el curso de su vida. En seguida resolvió anticipar en su sucesión, asociándose al trono Luis de Aquitania, al único hijo que le quedaba. Habiendo convocado á los grandes y á los obispos en Aquisgran, llevó á su hijo al altar sobre el cual está depositada la corona; y después de haber orado algún tiempo se volvió hácia la asamblea, y se dirigió á Luis en esta forma: *El puesto á que Dios te eleva, te obliga á respetar cada vez más su poder. Al encumbrarte á emperador, te conviertes en defensor de la Iglesia, y debes protegerla contra los impíos y los malos. Tienes hermanas, hermanos y deudos de tierna edad, á quienes debes amar y sostener. Honra á los obispos como á padres, ama á los pueblos como á hijos: no temas emplear contra los malos y los sediciosos la autoridad que te es confiada. Tengan en tí un protector los monasterios y los pobres. Elige jueces y gobernadores poseídos del temor de Dios y que no se dejen corromper con regalos. Cuando ha sido elevado á una dignidad un hombre, no le despojes ligeramente de ella, y consérvate sin mancilla á la faz de Dios y de los hombres.*

Luis se levantó, cogió con sus propias manos la corona, y la puso sobre su cabeza. Entonces se abrazaron los dos emperadores, no sin derramar lágrimas abundantes, y toda la asamblea fluctuaba entre la esperanza y el temor.

Carlo-Magno sobrevivió poco á este acto solemne; se complacía en saborear el reposo en Aquisgran, después de una vida tan ocupada, y sostenía sus fuerzas reparándolas con el ejercicio y con el baño. Cierta día se sintió acometido de un temblor general al salir del agua; pero no teniendo fé ninguna en la medicina, y considerando el ejercicio y la sobriedad como los mejores remedios, no le ocurrió adoptar otras precauciones. Entre tanto el mal fué en aumento, y le llevó al sepulcro el día 28 de Enero del año 814, á la edad de setenta y dos años. Los estudios sagrados fueron la ocupación de sus

últimos años, y pasó el día que precedió á su muerte en corregir los Evangelios con griegos y sirios. En su consecuencia, fué depositado en el sepulcro con un evangelio de oro sobre sus rodillas, sentado en una silla de oro, con una espada de oro al lado y revestido con las insignias imperiales, y por encima un cilicio que tenía costumbre de llevar. Sobre su cabeza fué puesta su corona que contenía madera de la verdadera cruz, y delante su cetro con su escudo de oro, que habían sido consagrados por el papa Leon.

En su testamento se abstuvo de hablar de la dignidad imperial, sabiendo que no podía ser conferida más que por el pontífice; pues por el derecho político de entonces, tocaba al pro-

tegido elegir al protector. Además de las numerosas liberalidades que contenía el acta de su última voluntad, quiso que las dos terceras partes de lo que poseía en objetos preciosos, fuesen distribuidas entre las veintiuna ciudades metropolitanas de sus Estados, que su biblioteca fuera vendida en provecho de los pobres, pero que se conservaran los ornamentos de su capilla. Regaló á San Pedro de Roma una mesa de plata, sobre la cual estaba trazada una descripción de Constantinopla; otra al obispo de Rávena, en que había grabada una vista de Roma; dejó otra en que se veía el mapa general del mundo, y una de oro para repartir entre sus herederos y los pobres, quienes recogieron sin duda muy poca cosa.